



## VIAJE A LA ESPAÑA NEGRA

**Vicente Sánchez-Biosca**

Universidad de Valencia

*Queridísimos verdugos*, de Basilio Martín Patino  
1973, 90'

### *Los protagonistas*

Bernardo Sánchez Bascuñana es granadino y en otro tiempo fue guardia civil. Vive, por voluntad propia, rodeado de cipreses y naranjos y está dotado de un acendrado espíritu religioso. Bernardo no puede ocultar por un momento su verdadera vocación: la de poeta. Además, se declara escéptico, incluso cínico, respecto a este 'valle de lágrimas'. Cinco son sus mandamientos (en sus propias palabras): "El primero, que este mundo es un embustero; segundo, que anda muy revuelto el mundo; tercero, comer carne de oveja cuando no hay de ternero; el cuarto, ayunar después de hartado; y el quinto, beber vino blanco cuando no hay tinto. Estos cinco mandamientos se resumen en dos: comer mucha carne, beber mucho vino y que le den por saco a todo." Orgulloso de su programa, él mismo sentencia este palimpsesto: "He dicho". Pero el desprecio por la vida en general que siente Bernardo nos puede resultar cuando menos chocante: aunque gusta en llamarse 'administrador de justicia', Bernardo es el decano de los verdugos de España. Animado por el vino o acaso debido al *spleen* atribuible a su vocación de bardo, Bernardo dice envidiar a los desgraciados que manda al otro barrio, rompiéndoles el pescuezo. Superfluo es añadir que Bernardo es filósofo.

Para Bernardo es un placer encontrarse en afables yantares con su auténtica familia, la que forma con otros dos correligionarios que participan de sus artes y lo respetan como patriarca. Son éstos Antonio López Sierra y Vicente Copete. Carecen de la lira de Bernardo, también de su escepticismo. Son sencillos y humanos; decir simpáticos sería tal vez dejarse llevar por las palabras. Antonio tiene una hoja de servicios impoluta: nacido en Badajoz, cerrajero de profesión, casado prematuramente a causa de un desliz, encarcelado en Puerto de Santa María, trasladado a Alcalá y Burgos (a las prisiones, claro), enrolado en la Legión en julio de 1936, alistado voluntario después de la guerra en la División Azul, pasó un tiempo trabajando en Berlín de barrendero, paseando entre rusos, italianos y otros "que se llevaban un lío...". A la mera lectura de este historial, nos invade la sensación de que Antonio ha estado en el ojo del huracán del siglo XX y todo parece indicar... que no se ha enterado de nada. Más tarde, llegaría la estabilidad, la aurea mediocritas, a saber, el empleo de verdugo. Es verdugo para poder comer y no expresa opinión alguna sobre su oficio. Pero, entre el vino y su espontaneidad, no deja de escapársele algún que otro juicio sobre la cantidad de los que 'se ha cargao' y lo merecido que se lo tenían algunos.

Es Antonio quien nos conduce de su mano a la humilde morada de su amigo Vicente. La televisión, coronada con la figurita de una bailaora, la modesta cocina... Vicente pertenecía a la Falange de Marruecos y estuvo (sic.) en octubre de 1934 en Asturias. Más tarde, se enroló en la Legión. Llegada la dura posguerra, se dedicó al estraperlo, como tantos otros españoles. Y luego vino lo que vino.

### *Los discursos*

Hay en *Queridísimos verdugos* (Basilio Martín Patino, 1973) un discurso histórico que el narrador entona sobre los procedimientos para ejecutar a los reos. Hay también una buena proporción de documentos visuales, en forma de fotos, grabados, portadas de los periódicos sensacionalistas o simplemente de la prensa diaria. No son, qué duda cabe, documentos agradables de contemplar y se consumen con cierto malestar. A lo largo

del metraje, además, se suceden una serie de reflexiones biológicas, psiquiátricas y jurídicas sobre el tema del crimen y del ajusticiamiento y no faltan tampoco testimonios de abogados, testigos u otros que dan cuenta de detalles sórdidos o penosos de los procesos de la muerte.

Otros testimonios son más dolorosos por más particulares. Algunos de los más espectaculares y sonados crímenes de las últimas décadas son revisados con el bisturí de quien abre las carnes a una sociedad, desde las miserias tremendistas del asesino por cuatro cuartos hasta las chapuzas de ejecuciones con agonías prolongadas hasta lo insoportable. La envenenadora de Valencia, Monchito, Jarabo... son nombres que pertenecen ya al imaginario colectivo de los españoles y que reviven aquí con virulencia.

En todos los casos, la cámara de Patino permanece discretamente oculta, como se guarda de aparecer ante nosotros la figura del entrevistador. Es más, incluso la voz metafórica del realizador, la que guía el montaje y nos conduce a través de nuestro itinerario, se esmera en la discreción y el decoro. No es un trabajo sencillo: a lo largo de estos ciento y pico minutos en los que nos vemos confrontados con la muerte más repugnante, la frialdad del autor es una soberbia muestra de autocontrol y una prueba del respeto que le merecen el tema y sus testigos. ¡Cuánto podrían aprender de esto nuestros genios actuales del reportaje televisivo que se zambullen y nos zambullen en el reproche más banal a cada paso!

### *La escena*

Una taberna. Tres enormes toneles: uno de ellos, a nuestra derecha, lleva pintado un toro y una bandera española ondeando; otro, a la izquierda, con una guitarra, un sombrero cordobés y una zambomba. Más tipismo es difícil de imaginar. Sin embargo, el tonel del centro reproduce unas palabras de acogida dirigidas por los propietarios del establecimiento hacia su distinguida clientela. La cámara se detiene. Leemos: "El mesón de los castuos agradece su visita: nuestra casa es la sulla. Sea bien venido a ella". En el espacio comprendido entre la cámara y esos tres pilones de decorado se

embriagan y hablan infatigablemente los ejecutores Vicente y Antonio. Las palabras escritas, el tipismo de los dibujos, el humo de los cigarros, la estropajosa voz de quienes se sumen cada vez un poco más en las brumas etílicas, olvidando cámaras y entrevistadores, nos ofrecen un documento irreplicable sobre una España que hoy consideraríamos inverosímil. El arte del documentalista está en saber mirar.

Hay tres banquetas redondas y menudas, pero Vicente y Antonio escogen la del centro para su representación. Colocan una caña alta que colocan verticalmente en representación del fatídico instrumento de su oficio y, animados por la voluntad siempre providencial de enseñar al que no sabe, organizan una puesta en escena para los entrevistadores y para todos nosotros. Antonio hace sentarse a Vicente en la banqueta encarnando al reo y así se explayan en una serie de detalles sobre la altura, el tornillo, el movimiento fatal. En suma, detalles técnicos tratados con el coloquialismo que los hace (¿es posible?) tan espontáneos.

#### *Los hallazgos de Antonio*

La escena se completa ahora. Los tres verdugos se encuentran entre botellas vacías, de nuevo en una taberna. Parecen indiferentes a la cámara. Intercambian opiniones sobre el único asunto que comparten y a estas alturas el alcohol ya ha cumplido su tarea. La conversación es ésta:

*Antonio [como en una adivinanza]:* ¿A qué se parece el pescuezo?

*Vicente:* Al badajo de una campanilla.

*Antonio [a Bernardo]:* Si ahora mismo tú que eres técnico de estas cosas. Vamos que eres más antiguo. Tú que eres... el decano.

*Bernardo [despectivo]:* Yo no soy el decano

*Vicente [riendo de la ocurrencia]:* El decano de abogados.

*Antonio:* ¿Qué es lo que se parece el pescuezo en un tío

ejecutao? En España. ¡Un acordeón! ¿Tú has visto un acordeón cuando lo sueltas, que empieza a dar... Pues lo mismo es un pescuezo. Si no lo sujetas...

*Vicente [polémico]:* No es que se le caiga la cabeza.

*Antonio:* No, no se le cae la cabeza, pero es un acordeón. Porque los huesos estos... Yo no sé cómo se llaman porque yo soy un analfabeto... La columna vertebral, no, la columna vertebral... Eso es lo mismo... ¿Tú no has visto cuando entras en un matadero y le dan la puntilla a un borrego. Pues ese señor, los huesos ésos de aquí [se toca las cervicales], eso se le deshace y el pescuezo suyo si tiene doce centímetros de anchura se le queda en cuatro.

La conversación es impecable y es de lamentar la limitación de la escritura para reproducir la riqueza de los gestos, los acentos, las suspensiones de los hablantes. Podría figurar en una novelita de Rafael Azcona. Se nos dirá (y se ha dicho) que es reconocible una línea de realismo que va de Quevedo a Valle-Inclán o Baroja y, en materia plástica, recuerda a Goya o a Solana; nombres todos ellos que salen naturalmente a la boca cuando pensamos en este arte realista. Es una España negra, con leyenda o sin ella. En las líneas firmadas por estos nombres o en las pinturas o bragados de los otros puede haber risa, esperpento o tremendismo, términos no son en absoluto equivalentes. Lo particular de *Queridísimos verdugos* es que la fabulación ha dado paso a hechos reales y que los protagonistas (Bernardo, Antonio y Vicente) no son literatos ni pintores, sino artesanos del garrote vil o, por mimetizar la atinada metáfora de Antonio, son ellos quienes convirtieron decenas de pescuezos humanos en acordeones.

Ahí reside la magnitud del documento bruto, encarnando toda su fuerza. Ahí también el dilema que nos plantea: ¿reír del hallazgo verbal y semántico de Antonio? ¿Estremecernos con sus palabras? Porque éstas son a un mismo tiempo reflejo de los hechos y radiografía del personaje que las enuncia. Decididamente, no podemos sustraernos de percibir el agudo contraste

entre la sencillez, sociológicamente liminar, de estos hombres y su siniestro cometido. Pues, se quiera o no, Bernardo, Antonio y Vicente no son Pepe Isbert en la película de Berlanga, sino verdugos de verdad.

*La vida sigue...*

En pocas películas la sensación de ver gentes comiendo resulta tan repulsiva. Y, en efecto, la comida cumple un papel decisivo, porque en ella se celebra el feliz encuentro de los tres administradores de justicia. Ritual, tal vez, pero ritual consumido con gula y hasta la urgencia de "una carreta de bicarbonato". Por si fuera poco, los perros que merodean por el lugar acaban con los restos del banquete. Y un repentino silencio perturba a Bernardo que, ¿cómo no?, encuentra el símil más acertado para definir la situación: "Parece que estemos en un velatorio. ¡Me cago en la leche!".

Por fin, Bernardo, el patriarca, el decano, logra que el destino le depare su anhelo de poeta y los periódicos anuncian su muerte. En silencio, tal vez porque la confianza todavía no se ha labrado entre ellos, un joven, el nuevo verdugo que sustituye al difunto, come a dos carrillos al lado de sus dos compañeros. El bucle se cierra. ¿Será filósofo el nuevo verdugo?, ¿acaso será un aedo de la nueva generación? Es posible que no haya intervenido todavía sobre el pescuezo de ningún condenado. De lo que no cabe duda es de que engulle como su predecesor y de que los camaradas, uno de los cuales habrá a estas alturas heredado el cetro de decano, le han abierto sus brazos.

La voz, la imagen, es el testimonio. El respeto ante lo que se muestra la máxima virtud, la ética, del documentalista. Antonio se basta a sí mismo para resumir la película: "Éste es un oficio como otro cualquiera. Éste es un oficio que puede desempeñar cualquiera que tenga corazón y que le eche valor. Para poder comé, porque la vida está cada día más peó."



Col·lecció  
Quaderns  
del MuVIM  
SERIE MINOR



# El presente como historia

CINE DOCUMENTAL, 1930-2005

**Mercé Ibarz, ed.**

President de la Diputació de València  
Fernando Giner Giner

Diputat de Cultura  
Vicente Ferrer Roselló

Director del MuVIM  
Romà de la Calle

Col·lecció Quaderns del MuVIM (Serie minor).

Director: Romà de la Calle

Número 1.- El presente como historia (Ciclo de cine documental, 1930-2005)

Mercè Ibarz (Ed.)

Traduccions: Josep Monter y Agustí Nieto

Coordinador edició: Ricard Triviño

©Museu Valencià de la Il·lustració i de la Modernitat (MuVIM)  
Àrea de Cultura de la Diputació de València

ISBN: 84-7795-395-3

D.L.: V-4176-2005

Diseño e impresión: Diseñarte